



Juan A. Ortega y Medina

“México en 1830”

p. 397-406

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 3. Literatura viajera

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2015

574 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-6415-3 (volumen 3)

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/631/literatura_viajera.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

México en 1830

397

Las dos cartas vertidas aquí al español fueron editadas por los doctores Winderman y Hautf en 1835,¹ y aparecieron rubricadas al desamparo del misterioso pero estimulante anonimato. ¿Quién era el autor de estas dos letras sobre México –nos preguntábamos–; cómo hacer resurgir el nombre del viajero escritor bajo esa intencional tinta simpática de tratamiento tan difícil como lo es a veces el anónimo? Esto, al principio, nos pareció que era una injusticia de los editores, pero tuvimos que rectificar este juicio cuando comprobamos que si obraron así lo hicieron cumpliendo, sin duda, las órdenes tajantes de aquel de quien solamente sabíamos que era “autor” de las *Cartas a la patria* (1829-1830). Indagando pudimos comprobar que el viajero había tenido el empeño de permanecer inidentificado, supuesto que las diversas ediciones de las dichas *Cartas* (nosotros hemos utilizado la sexta edición) no nos proporcionaban el menor indicio, la más mortecina luz. No se trataba, por tanto, de propaganda, sino de una firme decisión que no se ablandaba bajo el peso de la vanidad ni del éxito. Pero aún hay más: cuando en 1836 o 1837 apareció el segundo libro, *Mexicanishce Zustände, 1830-1832* (al que se

¹ Este ensayo de Ortega apareció originalmente como prólogo a las *Cartas a la patria* (*Dos cartas alemanas sobre el México de 1830*), precede e ilustra históricamente nuestra edición y traducción de las *Briefe in die Heimat*, publicadas en el opúsculo número 4 de la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM) en 1955.

anuncia en los últimos renglones de la segunda carta, es decir, la décimo-cuarta, en la edición alemana), obra plenamente circunscrita ya a los temas mexicanos, el autor mantiene también celosamente secreto su nombre, y únicamente anuncia, por vía obligada de reclamo intelectual y comercial, que esta nueva serie está escrita por el mismo “autor” de las anteriores *Cartas*.²

Carlos Guillermo Koppe, que tal es el nombre del autor (*Verfasser*), se hablaba, según parece, en una situación similar a la que se encontró Poinsett en México durante su primera visita (1822); es decir, embarazado por las futuras perspectivas diplomáticas y comerciales, e imposibilitado por lo mismo para autorizar con su nombre las impresiones viajeras recibidas en México y transcritas en su libro. El doctor Carlos Guillermo Koppe nació en Gottinga el 16 de julio de 1777, era hijo del profesor de Teología, Juan Benjamín Koppe, y de Juana Carlota Konradi. Tomó parte en las campañas napoleónicas –creemos que lo hizo dentro del ejército prusiano–, y fue herido tan gravemente, que cuando años más tarde decidió venir a México tuvo que traer consigo un amanuense que le escribiera y le llevase la correspondencia, pues él había quedado imposibilitado para hacerlo por sí mismo. Decidido su viaje, comenzó Koppe a dar los primeros pasos para llevar a buen término su proyecto. Como atravesar el Atlántico era por entonces empresa arriesgada, porque había que cruzarlo a bordo de los frágiles veleros de entonces, y puesto que también era muy peligroso el destino final del presunto viajero, la enigmática y convulsionada tierra mexicana, determinó Koppe asegurarse; queremos decir, pretendió obtener un seguro de vida muy alto. En caso de muerte o desaparición, la compañía aseguradora entregaría a la viuda de Koppe la cantidad fijada. Pero Koppe se encontró con la desagradable sorpresa de que ninguna compañía europea de seguros se aventuraba a suscribir la póliza de 150 000 táleros que el viajero juzgaba necesaria para dejar amparados a su mujer e hijos; en tratándose de México, pensarían los técnicos de las compañías, aceptar tal contrato era segura pérdida; o dicho de otra suerte, la vida de Koppe en México no valía un cacahuete. El concepto, por consiguiente, que en Europa se tenía de México, estaba matizado de azar y riesgo, mas como Koppe no era hombre que se amilanara fácilmente, disimuló su contrariedad

2 Véase, por ejemplo, la siguiente ficha bibliográfica *Mexicanische Zustände aus den Jahren 1830 bis 1832*. Von der Verfasser der “Briefe in die Heimat”, Stuttgart und Ausburg, J. G. Cotta, 1837, 2 v., 8.

y encaminó sus esfuerzos por otro rumbo: acudió al Estado prusiano para que éste le garantizase la gruesa suma. En consejo de ministros fue rechazada la solicitud de Koppe; pero en vista de los servicios pasados y de los futuros que iba a prestar en México, el propio rey Federico Guillermo III aseguró al solicitante de que viuda e hijos quedarían suficientemente resguardados mediante una pensión real adecuada. Del mal el menos, se diría para su coeto nuestro hombre, y ultimaría los preparativos de marcha.

Koppe, consejero privado del Estado prusiano, había sido elegido (tras una rigurosa selección) para venir a México en calidad de cónsul general y representante de la Compañía Renano Indoccidental. Traía también la representación comercial de Prusia y de la mayoría de los Estados alemanes ya unificados económicamente (*Zollverein*), y era asimismo agente y defensor de los intereses de las Minas Unidas Germanoamericanas ante el gobierno de México. Nada de extraño hay en el hecho de la elección de un político para ocupar un puesto ligado fundamentalmente a los intereses industriales y comerciales, si caemos en la cuenta de que el Estado prusiano y, más específicamente, la propia familia real prusiana eran consocios en la común empresa de la expansión económica germana.

Dotado de atrayente personalidad, este alemán, que vino a México friando ya en los 55 años, se ganó el afecto de sus compatriotas ya residentes en el país y de los mexicanos representativos que se destacaban en el terreno de la incipiente industria nacional. A su influjo se debió la apertura de las relaciones comerciales entre México y los Estados alemanes, y el establecimiento de un servicio regular (mensual) de buques hanseáticos entre los puertos de Hamburgo y Veracruz. En abril de 1832 regresó Koppe a su patria; México no le había sentado bien, y regresó bastante enfermo del cuerpo aunque no de espíritu. De México se llevó la dolencia que cinco años más tarde (17 de abril de 1837) lo condujo al sepulcro; pero también se llevó las impresiones viajeras plasmadas en su interesante diario (*Zustände*) y las notas eruditas sobre la conquista de México.³

Según hemos dicho, para la traducción de las dos cartas hemos utilizado el texto de la sexta edición aparecida en Stuttgart y Tubinga en 1835. Se trata de una serie de catorce epístolas (*Cartas a la patria*), de las cuales las dos úl-

3 De las notas de este diario saldrán las dos obras ya citadas, y de las segundas la edición comentada de las *Cartas de relación*.

timas, se refieren a México. Naturalmente, entre las catorce, estas dos son las más importantes para nosotros, y las razones de ello son obvias; empero tampoco exageramos si añadimos que dichas cartas de tema mexicano son las más importantes, desde cualquier punto de vista que se las mire, con relación al conjunto. Las doce que preceden a las dos últimas se hallan escritas en función de éstas, y la razón principal estriba en que aquéllas son impresiones más o menos fugaces de un largo viaje que remata en México. Son noticias, pinceladas viajeras estereotipadas por lo que se refiere mayormente a Europa, e impresiones en cierto modo nuevas cuando describen el mundo ya norteamericano o mexicano. América, en suma, es el gran tema, el centro de interés, y dentro de éste, México ocupa un lugar principal. Las *Cartas a la patria* nos cuentan la salida de Alemania, la llegada a París y la partida para Inglaterra. Las cartas primera y segunda se refieren al París de los treinta; a ese París todavía sucio, maloliente y semimedieval que aún no había caído bajo la demolidora piqueta urbanística de la Segunda República y del Segundo Imperio. La impresión francesa, mejor dicho parisina, que recoge Koppe, es en verdad bien prusiana; poco optimista y favorable para Francia. El espectáculo de la revolución, del imperio napoleónico y de la restauración borbónica resultaba incomprensible y caótico para una ilustrada y ordenada mente germánica. Todo desilusionado, Koppe no acertará a decir sino esto: “*voilà comme tout dégénère en France*” (p. 6). Una sola noche en París, había respondido Napoleón a los que le criticaban después de haber ganado una de sus sangrientas y mortíferas batallas, compensaba todas las bajas experimentadas por el ejército francés; y como acaso Koppe, como buen veterano, había oído y sin duda mejor contribuido, por su parte, a la experimentación, comprobación y expansión del dicho, no tendrá tampoco pelos en la lengua para generalizar de esta desenfadada e injusta manera “*die Franzosichen filles de chambre*” (p. 29). La carta tercera se inicia con la salida de París, la llegada a Calais, el cruce del Canal y el desembarco en Dover. Las cartas 4, 5 y 6 se refieren a Dover, Londres y Liverpool; la séptima al viaje por mar hasta surgir en Nueva York. Esta ciudad, que ya comenzaba a disputar con éxito la supremacía a Filadelfia, le da argumento para toda la carta 8; la 9 cumple lo propio describiendo Albany, Nueva Brunswick y Trenton; la 10 describe Filadelfia, entonces la primera ciudad de Estados Unidos, tanto desde el punto de vista económico como del cultural; la carta 11 nos refiere las vicisitudes de viaje desde Filadelfia a Washington, vía Baltimore; la descripción de esta última ciudad y el viaje de

vuelta a Nueva York ocupan la carta 12; el viaje desde el puerto de Nueva York al de Veracruz, y la ruta desde esta ciudad hasta arribar a la de México le proporcionan elementos y reflexiones para confeccionar las dos últimas misivas. Por desgracia la lectura de éstas termina cuando uno se halla más interesado, a las puertas mismas de la gran capital y ansioso por saber lo que sigue; pero este saber ya no se encuentra aquí, sino en la obra ya citada, en dos volúmenes (835 páginas además de las XLIII de entrambos prólogos), que son los más importantes escritos sobre México, a excepción de los de Humboldt y el de Sartorius. A estas dos primeras cartas de Koppe sobre México les ocurre, por tanto, lo que a aquellas famosas películas en episodios, que se queda uno con su lectura todo excitado por saber el desenlace de la serie; pero al final, ya lo decimos, está en este caso en la serie siguiente, es a saber, en la *Mexicanische Zustände*. Con todo, el lector no echará de menos en estas dos cartas que aquí presentamos una cierta unidad proemial.

¿Y cuál es la imagen de México apresada en estas dos letras? Contestaremos con el propio Koppe utilizando su introducción a las catorce cartas: la de la memorable cuanto extraña República Mexicana. México es, por consiguiente, un ente extraño pero digno de memoria, con lo cual se nos revela el perseverante y tradicional concepto que acerca de la historia posee nuestro viajero: el pragmatismo clásico. Las páginas de dicha introducción, según el autor, pueden ser en cierto modo consideradas como prólogo a las catorce cartas, y como en tal prólogo para nada se habla de Europa ni de Norteamérica, sino sólo se alude a México, resulta así comprobada nuestra afirmación de que las doce epístolas primero gravitan en torno a las dos últimos de tema mexicano. Este tema, sin embargo, se nos presenta en Koppe un tanto ya prefijado. El viajero está trabajando sobre una temática cuyos valores de abscisa y ordenada están ya de antemano calculados; se trata, por consiguiente, antes bien de una comprobación que de una revelación, lo que no excluye, sin embargo, lo imprevisto, lo incasillable. Cuando la realidad no se acomoda al estereotipo previo se advierte en seguida la desilusión de Koppe; ¡qué lástima, por ejemplo, que el castillo de Perote no sea la fortaleza pseudomedieval que él se había imaginado! Fuera del asalto de lo insólito, todo lo que nos va describiendo y analizando el viajero es simplemente un cotejo entre la realidad que se le presenta a la vista y la visión previa. Su intento será hablar de cosas, que, aunque *nuevas*, ya eran conocidas; pagando su obligado tributo a Humboldt, nos confesará el viajero en la introducción su temor de que el público

lector le exija nuevos objetivos, nuevas cosas, pues si como él sabía, ya estaba todo casi todo dicho, únicamente restaba ahora verificarlo. En donde se mueve a sus anchas es en los temas políticos, cosas de suyo mudables.

Koppe es casi un anticipo del positivismo; tiene fe en el progreso y orden sociales, y esta fe le guía para descubrir también en el México de los treinta la misma tendencia o esencia progresista que nosotros podemos ya contemplar madurada en el último tercio de la pasada centuria. Por eso las simpatías de Koppe estaban con los hombres que, según lo veía él, representaban el orden y la tradición, porque el progreso lo entendía, de acuerdo con las ideas evolucionistas que ya se iban abriendo paso, no como revolución sino como evolución moderada; de aquí que sea el *escocés* el partido que se lleva la palma, y sean *escoceses* los más y mejores de sus amigos mexicanos. Por lo menos la tertulia en Jalapa, a la que Koppe fuera invitado, estaba presidida simbólicamente por un *escocés* bien acreditado, el general Iberri. Por supuesto no podemos exigirle a Koppe una distinción fina de los matices políticos que separaban a los partidos mexicanos de entonces; así pues, debemos perdonarle que en su horror hacia lo que él llama partido “democrático puro”, agrupe enfrente, en apretada fila, a los hombres del partido “españolista” encabezado por Lucas Alamán, y dentro del cual se codean moderados, clericales y aristócratas. Poco nos dice Koppe de Santa Anna; pero ese poco le es más que suficiente para encarecer el papel representado por este inquieto general durante la invasión de Barradas. El consejero prusiano fue asaz perspicaz para presumir que no era Santa Anna hombre que pudiera estar mucho tiempo apartado de los negocios públicos y dedicado exclusivamente a las pacíficas faenas agrícolas en Manga de Clavo: “¡Maese Raposo –dice Koppe– metido a ermitaño! Porque a decir verdad no creemos que su papel haya terminado ya.” Y, efectivamente, bien sabemos hoy, *a posteriori*, que no acabó su vida Santa Anna como el “*Beatus ille...*” horaciano, sino que durante más de medio siglo agitó la vida política mexicana con sus genialidades de atambor.

México, dijimos páginas atrás, es un ente extraño para Koppe; pero esta extrañeza no es absoluta sino de grado; es decir, vista desde y en relación con Occidente. Koppe cobra plena conciencia de que se halla inmerso en un sector del mundo occidental, pero un sector anormal; tan anormal que, con excepción de la común participación antropológica, los hombres norteamericanos y mexicanos, por ejemplo, no tenían otro punto de tangencia. Sin embargo, no se trata de exóticos chinos o hindúes, sino de mexicanos que poco a poco,

y para curiosidad de Koppe, iban ajustando sus instituciones públicas –inspiradas en las norteamericanas– al cuerpo político de la nación. La dificultad del ajuste nos la revela al principio Koppe poniéndonos de relieve la incongruencia de convivir las formas republicanas con los viejos usos teocráticos; o dicho sea pintorescamente, como lo expresa el propio comentarista: oír el redoble de los tambores y el repique de las campanas en una misma y confundida sinfonía hispánica y eclesiástica. Se trataba de la singular convivencia del fanatismo con la libertad; de la republicanidad con su contrario, el aristocraticismo; de liberales con servilones; del progreso con el retroceso; del orden con el desorden; de la magnificencia con la pobreza, y de las escandalosas riquezas eclesiásticas con la lacerante miseria del pueblo. México era la cabeza dislocada de ese monstruoso mundo iberoamericano cuya normalidad vital era la anomalía y la rareza. Norteamérica era la novedad republicana vista a una escala inusitada de grandeza, de éxito y de colosalismo; México, la novedad vista a una escala excepcional de absurda extrañeza, la paradoja y el fracaso republicanos como normas. En tanto que en Europa el chocolate era considerado el brebaje exquisito y distintivo del grupo privilegiado, en México aun en el más humilde jacal campesino le ofrecían al cansado caminante la jícara colmada con la espumosa y humeante pócima; mientras en Alemania las mujeres de la clase baja no se apeaban los zuecos salvo dos veces (casamiento y mortaja), en México la mujer de la clase popular llevaba siempre zapatos tan elegantes y finos como los de las damas copetudas. Aun el pueblo bajo hacía gala en México de un trato, de un lenguaje y de una cortesía dignos de duquesas.

Frente a la naturaleza mexicana saltó lleno de contento el corazón naturalista de Koppe. En la Alemania de entonces el entusiasmo por la botánica y la mineralogía presentaba visos de verdadera manía nacional; no habrá, pues, viajero alemán que no se asombre ante el despliegue exuberante de la vegetación mexicana o ante la riqueza mineral. Sin embargo, a veces resulta que esta naturaleza mexicana presenta también rasgos anómalos y, aunque sea de paso, Koppe verifica la degeneración que, según se sabía, sufrían las legumbres europeas trasplantadas. A la calidad de la tierra se atribuía lo que era resultado de un cultivo impropio. Fauna y flora presentan por todos lados señales de inmadurez, de monstruosidad. Hay en todas estas descripciones como un luchar consigo mismo entre lo leído acaso en De Pauw y la realidad naturalística mexicana; mas lo que nos interesa destacar es que en Koppe

queda bien patente alguno que otro rasgo de la vieja herencia intelectual sobre la degeneración americana; un tema que, como bien se sabe, se remonta a las primeras crónicas europeas sobre América. Uno no puede menos de quedar admirado ante los conocimientos botánicos y zoológicos que posee Koppe; se queda uno asombrado al ver la facilidad con que estos alemanes no científicos clasificaban plantas, minerales o insectos, y todavía más crece nuestro asombro cuando vemos a más de uno trepar faldas arriba del Popocatepetl, cargados de teodolitos, barómetros, alidadas y catalejos, para hacer tal o cual medición y de paso emular y enmendarle la plana a Humboldt en punto a exactitud.

Frente al increíble espectáculo de la riqueza y abigarramiento raciales de México, Koppe queda asimismo maravillado, y sin que su asombro degenera, como es el caso en la mayoría de los viajeros anglosajones que visitaron México. En el talante luterano de Koppe no hay cabida para la terrible y discriminatoria predeterminación anglicana o puritana; de aquí, por tanto, que intente siempre justificar aun lo tenido por más desolado o abyecto. Los arenales que rodeaban a Veracruz valían al menos por su maravillosa riqueza botánica; la ciudad misma queda vindicada históricamente por haber sido en ella donde Cortés asentó por primera vez los reales. Este tratamiento romántico de la historia le sirve en la última instancia a Koppe para recrear poéticamente el presente. Él quiere justificarlo todo, para todo halla una sonrisa comprensiva: los trajes de los mexicanos se salvan por pintorescos y abigarrados; las ardientes comidas mexicanas y los jugosos frutos tropicales por estimulantes y deliciosos, respectivamente. Las mujeres mexicanas no le parecen muy bellas desde el rellano clásico y afectivo en el que él se halla cómoda y amorosamente plantado; pero no se queda insensible frente a un nuevo tipo de belleza bruna, a base de ojos negros y ardientes, crenchas negras y lustrosas, pies brevísimos y siluetas graciosas. A Koppe le gustan también los bailes y canciones populares; goza, en suma, nuestro viajero con sus cinco sentidos toda la riqueza sensual y espiritual que derrochaban a locas el mundo y ser barrocos del México indohispano.

Motivo de estupefacción fue asimismo para él el trazado de las ciudades mexicanas que conoció, especialmente Puebla y la capital. En una época en que las grandes capitales del mundo occidental (París, Londres, Viena, Filadelfia, Nueva York, San Petersburgo, etcétera), poseían auténticos muladares en lugar de calles y plazas, nuestras ciudades coloniales lucían su racional y

urbanística geometría en la que se equilibraban sabia y hermosamente espacios y masas, herencia arquitectónica prehispánica sin duda alguna. Eran ciudades de traza filosófica, ilustrada; ciudades escaqueadas, suntuosas, ajedrezadas, con calles tiradas a cordel y esquinas de idealización rectangular. Ciudades de perfección geométrica en las que el mismo Platón, como en la Academia, se hubiera encontrado a sus anchas. Las amplias rúas (lo eran para entonces) estaban empedradas, adoquinadas o enlosadas, y el canalillo central y el sol espléndido de México las mantenía limpias, secas e higiénicas. En la noche cuidaban de ellas los serenos y procuraban mantener despiertas las lamparillas de aceite o los faroles de carburo. Para asombro de los viajeros y como ejemplo de los alcances a que podía llegar el ingenio humano, poseían casi todas ellas un notable y nunca visto juego de banqueteadas o aceras, reinvento mexicano. Koppe no pudo, pues, substraerse a tales maravillas, y cuando el lector se acerque a sus descripciones urbanas o arquitectónicas preste atención a los adjetivos, pues que con éstos quiere ejercer una función substancial, adjunta y sin derroche.

Es lástima que Koppe solamente nos diera las iniciales la mayor parte de las personas con las que trató. A nosotros nos sigue atormentando ese incógnito señor E., secretario particular de Gómez Pedraza y luego de Santa Anna; o este otro desconocido teniente H., que de pacífico arquitecto alemán pasó a oficial del ejército santannista por obra y gracia del arrebatante e irresistible general. Algo de subyugante hubo de tener sin duda Santa Anna para así poder arrastrar a la aventura castrense a un sosegado ciudadano de la ciudad de Bonn.⁴ ¿Y quién sería ese ilustrado canónigo poblano cuyas iniciales son P. R.; y quién ese joven médico francés cuyas audacias le llevaron a chocar con el cuerpo médico poblano? Pese a nuestros insistentes y renovados esfuerzos no hemos podido develar una y otra incógnita. Por suerte sí pudimos identificar al simpático cónsul holandés,⁵ que en Veracruz, y muy a tono con el ambiente histórico-político de aquel tiempo, se dedicaba a atizar el patrio-

4 Por Becher, otro viajero alemán, sabemos que el teniente fue gravemente herido en el combate de Tolome (3 de marzo de 1832), y que la colonia alemana residente en México tuvo que moverse aprisa y corriendo para evitar que el general Calderón mandara fusilar al prisionero. Véase en el prólogo a las *Cartas sobre México (op. cit.)* resuelto el caso (núm. 8).

5 Carlos Sechettemberg (o Schellemborg-Schellemborg), archiv. Rel. Ext., Exp. 6-18-98 (año de 1828, foja 50).



tismo de la gente veracruzana organizando un baile de máscaras. Cómo sentimos que Koppe llegara tarde al festejo, porque si hubiera asistido contaríamos ahora, con toda seguridad, con una vivaz descripción de los enmascarados Moctezumas, Cuauhtémocs, Malinches y Corteses que en aquella inolvidable noche valsaron y revalsaron rememorando a la criolla de los reivindicativos y suspirados días de antaño para siempre idos.